

RÖÜ ÖP ÄÖÖÁVŠÚU Û

â^ÁÖE! • cã^ • Áæ* æ

Escena I

La luz se prende sobre José y Antonia, que están de pie sobre el proscenio mirando al mar situado en la platea. Antonia tiene un aspecto aniñado; lleva una bolsa donde guarda objetos que encuentra en la playa; su carácter es impredecible y muy inquieto. José viste un traje crema, gastado por el uso; de su mano pende una jaula celeste en la que hay una serie de objetos que utilizará a lo largo de la representación.

En la penumbra se pueden ver una mesa y un banco donde están sentados otros personajes. Toda la escena está poblada por personajes allegados a José, en actitud estática; sólo cuando José sueña, éstos entrarán en acción.

ANTONIA: ¡Bueno, éste es el lugar!

JOSÉ: ¿Cómo?

ANTONIA: Que éste es el lugar.

JOSÉ: ¡Ah!

ANTONIA: Además de desmemoriado, sordo.

JOSÉ: ¿Qué dijiste?

ANTONIA: ¿Yo?

JOSÉ: Sí, tú.

ANTONIA: Nada...es decir...nada.

JOSÉ: Bueno, ¿qué hay que hacer?

ANTONIA: Peinarse un poco y arreglarse la ropa para no dar lugar a que hable la parentela.

JOSÉ: ¿Crees que vendrán?

ANTONIA: ¡Claro! A este lugar siempre vienen.

JOSÉ: ¿Y si me da miedo?

ANTONIA: Orine antes de encontrarse con ellos. Alivia, ¿sabe?

JOSÉ: ¿El miedo?

ANTONIA: No, las ganas de orinar.

JOSÉ: Te ríes de mí, Antonia.

ANTONIA: No, don José, es que usted hace cada pregunta...

JOSÉ: Con esta cabeza, ¿qué quieres que haga?

ANTONIA: Eso también es verdad, pero no se ponga así. Mire, mi amigo Cachim decía: "mientras menos en la cabeza, más en los bolsillos." Lamentablemente, usted no tiene nada en ninguno de los dos.

JOSÉ: ¿Y eso es malo?

ANTONIA: ¿Qué?

JOSÉ: No tener nada en los bolsillos.

ANTONIA: Malo, malo, no es; uno no se hace pobre por maldad, sino por falta de monetario.

JOSÉ: ¿Y eso qué es?

ANTONIA: ¿No digo...? ¡Este hace cada pregunta...! Monetario es la gasolina que echa a andar la codicia y el mundo.

JOSÉ: Y la codicia, ¿qué es?

ANTONIA: No sé, no la conozco.

JOSÉ: Y el mundo, ¿qué es?

ANTONIA: El mundo es... un círculo... lleno de cuadrados.

JOSÉ: ¡Ah! ¿Crees que vendrán?

ANTONIA: ¿Qué cree, que lo he traído aquí de gana?

JOSÉ: No, pero como es un poco...

ANTONIA: Un poco, ¿qué?

JOSÉ: Nada.

ANTONIA: ¡Vamos, dígalo!

JOSÉ: Yo no quería decir...

ANTONIA: Pero lo dijo.

JOSÉ: ¡Olvidalo!

ANTONIA: Es fácil emitir juicios temerarios y luego echarse atrás.

JOSÉ: No he dicho nada; no te lo tomes así.

ANTONIA: Me lo tomo como me da la gana, y punto y aparte. Usted fue el que vino a mí con eso de que perdió la memoria y que quería encontrarla a como diera lugar. ¿O no fue así?

JOSÉ: Así fue.

ANTONIA: Entonces, ¿qué insinúa usted? Y si no confía en mí, ahora mismo cortamos relaciones y a otra cosa. Que plata no gano con esto, y si le ayudo es por meter las narices donde no me llaman; que una vez metidas, algo se saca...¿ no es cierto?

JOSÉ: Confío en ti. No sé por qué, pero confío en ti.

ANTONIA: Porque no tiene en quién más confiar.

JOSÉ: Pero...

ANTONIA: No, no; desconfíe si tiene ganas, que es propio de los hombres entregar el dedo gordo antes que el corazón; luego se confía en un pie y se desconfía del sentimiento.

JOSÉ: Antonia...

ANTONIA: ¡No se me acerque! Guardemos las distancias, por favor.

JOSÉ: Pero si no te voy a hacer nada...

ANTONIA: Por si las dudas... usted allí y yo aquí, y punto. ¿Qué se cree, que porque ha per-

dido la memoria me va a venir a mí...? Que la calle está llena de gente que no sabe ni cómo se llama... Vaya usted a un loquero, que para eso están: le dan unas pepas de azufre, lo amarran a la cama, le meten electricidad, y a los tres días se acuerda usted hasta de la madre que lo parió; o si no, lo cogen entre cinco enfermeros y le meten tremenda pateadura: eso se llama terapia de grupo. ¡Si lo sabré yo! Mire, ¿ve esta marca? Es de la última terapia que me hicieron ésos que no... que no... Al principio duele; luego ya no, porque avanzo sola, en solitario, junto a otras también solas. Algunas visten de obreras, otras son prostitutas, muchas llevan un gato entre las piernas que maúlla, ¡miau!; estamos todas en un pabellón sin remedio. La locura es humana, y nada que sea humano tiene solución en este pabellón gris y sin remedio...¿ Dónde estábamos?

JOSÉ: En que si vendrán los recuerdos.

ANTONIA: ¡Claro que vendrán! ¿Sabe por qué?

JOSÉ: No.

ANTONIA: Porque éste es un lugar sagrado.

JOSÉ: ¿Sagrado?

ANTONIA: Como baño público.

JOSÉ: ¿Qué?

ANTONIA: Nada... que antes venía mucha gente a esta playa y era muy bonito verlos llegar; bailaban y cantaban, luego se dormían y soñaban todos un mismo sueño y...

JOSÉ: Cuenta sin temor, Antonia.

ANTONIA: No.

JOSÉ: Todo lo que tú me digas me ayuda.

ANTONIA: No...no, no puedo.

JOSÉ: ¡Vamos!

ANTONIA: No.

JOSÉ: ¿Quieres que te diga una cosa?

ANTONIA: ¿Qué?

JOSÉ: Yo soy como tú.

ANTONIA: No.

JOSÉ: Sí, mira: tú tienes la cabeza llena de pájaros, y yo llena de olvido.

ANTONIA: Eso es bonito.

JOSÉ: ¿Ya ves?

ANTONIA: Mi amigo Cachim decía que los locos se reconocen en las palabras.

JOSÉ: Así es.

ANTONIA: ¡Bueno, le voy a contar!

JOSÉ: Escucho.

ANTONIA: Venía la gente y...¿Sabe, don José? A veces quisiera ser mala y digo: ¡Qué mala que soy! Y al rato me olvido y ya no hay cómo ser mala; sin maldad no se vive en este mundo, en este círculo; y como carezco de maldad, enloquezco y babeo y la gente se ríe...

JOSÉ: ¡Antonia...!

ANTONIA: Y yo enloquezco más, que es una manera de entristecer. Entonces veo pájaros que llevan relojes en los picos y digo: ha de ser el tiempo que pasa volando. Entonces me quedo quieta y aparece usted.

JOSÉ: ... que he perdido la memoria y te pregunto cómo se hace en esta playa para recuperarla.

ANTONIA: Y yo respondo que soñando. Porque antes venía la gente de todos lados y todos soñaban el mismo sueño; así recuperaban el pasado y a todos los que en él vivieron.

JOSÉ: Y yo pregunto, ¿qué son los sueños?

ANTONIA: Y yo respondo que son el rayo infinito de la memoria.

JOSÉ: Y yo pregunto, ¿por qué ya no viene gente a soñar?, ¿qué pasó con ellos?

ANTONIA: ¡Y yo me callo!, porque usted es bien vivo y me está haciendo hablar cuando en realidad no quiero decir nada, nada de nada.

JOSÉ: ¡Tú te ofreciste a ayudarme!

ANTONIA: Pero ya no me ofrezco más, y punto. Mire, don José, no me gusta venir a este lugar, no me gusta recordar lo que aquí pasó.

(Se estira el abrigo nerviosa.)

JOSÉ: Está bien, pero tranquilízate.

ANTONIA: ¡Estoy tranquila!

JOSÉ: Déjate el abrigo, Antonia, que lo vas a arrugar y no es bueno pasar por la vida toda arrugada.

ANTONIA: ¿Cierto, no? Y más cuando una no tiene quien le planche.

JOSÉ: Así es.

ANTONIA: ¡El Lucas, mi novio, Dios mío! Me tengo que ir: si ve que no llego, me mata.

JOSÉ: Antonia, ¿me vas a contar qué pasó en esta playa?

ANTONIA: Otro día, don José, otro día; es que el Lucas me ha de estar esperando.

JOSÉ: ¡Antonia!

ANTONIA: Y ahora, ¿qué pasa?

JOSÉ: ¿Qué tengo que hacer?

ANTONIA: Quedarse quieto, dormir y soñar.

JOSÉ: ¿Nada más?

ANTONIA: ¿Le parece poco?

JOSÉ: No...

ANTONIA: ¿Entonces?

JOSÉ: Nada, Antonia.

ANTONIA: ¿Qué pasa?

JOSÉ: Nada, nada.

ANTONIA: Usted sólo sueña, don José. Verá cómo empieza a recordar su vida, a recobrar los días perdidos... ¡Claro que ya no será lo mismo!

JOSÉ: ¿Por qué?

ANTONIA: Porque su vida ya no se compondrá de momentos vividos sino soñados, pero...¡algo es algo!

JOSÉ: Algo es algo... He venido a este lugar siguiendo las instrucciones de Antonia y ahora, al mirar a mi alrededor, veo una playa vacía, una vastedad inconmensurable donde ocurrió algo terrible que Antonia no me quiso decir. ¡Qué hermoso y desolado el paisaje, qué inmenso y triste! Es como mi memoria. ¿Cuánta pena

cabe en el pasado de un hombre? Tanta como pobreza en la mano de un mendigo. Ahora cerraré los ojos y vendrá mi familia, cerraré los ojos y vendrá mi padre; cerraré los ojos para soñar.

Escena II

José toma un pañuelo negro de su jaula y, cubriéndose el rostro, marca el paso de la realidad al sueño. Este primer bloque de sueños corresponde a la infancia de José.

Los personajes que están en la penumbra comienzan a moverse. El padre de José viste como un niño músico de banda de pueblo y se desplaza en una marcha de movimientos rotos, desgarrados, al compás de un violín que él mismo toca; poco a poco, abandona la danza y vuelve al estatismo. La madre está sentada junto a los muertos: Remigio, que tiene un retablo en su estómago; Mercedes, que sostiene un huevo enorme entre sus manos; y Alfredo, que tiene una sirena de mar sobre sus rodillas. José se sitúa al lado de su madre, que balbucea lamentos.

(Cuando los muertos "hablan", sólo gesticulan —sin emitir sonidos—.)

MADRE: ¿Por qué, digo yo, por qué? ¿Por qué se fueron y me dejaron a mí solita? ¡Claro, los señores se mueren y a mí que me parta un rayo, no es cierto? Es muy fácil